

# Felipe II ordenó la primera expedición científica de occidente

Joaquín Herrera Carranza

**E**l historiador José Luis Comellas sintetiza certeramente el significado del reinado del monarca renacentista: “A partir del regreso de Felipe II a España, en 1559, ya no existe el problema metodológico del deslinde entre historia española e historia universal: y no porque aquélla se desuniversalice, sino porque la política del rey de España es ya, por fin, ‘oficialmente’ española. Ahora, la Monarquía Católica –como se la llama desde Felipe II habitualmente- ya no es parte de un imperio, sino ella misma un imperio. (...). La cultura y el arte de España alcanza así el cenit de su poder creador y de sus manifestaciones históricas, dando lugar al llamado siglo de oro” (*Historia de España moderna y contemporánea*, “La España de Felipe II”, Rialp, 2008).

Felipe II también se ocupó de la medicina, en concreto de la materia médica y específicamente de la materia médica americana, allende el océano, de los nuevos territorios descubiertos. Un hecho, de privilegio de su reinado, escasamente conocido, es la organización de la que está considerada como la primera expedición científica de la Historia: la protagonizada por Francisco Hernández por regiones de Nueva España, es decir en el Nuevo Mundo, conocida en los círculos especializados como la “Comisión de Francisco Hernández a Nueva España”.

Francisco Hernández de Toledo (así aparece en algunos documentos), nació en La Puebla de Montalbán hacia 1514, sin conocerse la fecha probatoria de tal hecho (lápida en el Ayuntamiento). Estudió medicina en la Universidad señera de Alcalá de Henares (1536, Bachiller en Medicina). Ejerció como médico en Torrijos (galeno del Duque de Maqueda en la mencionada villa), en el monasterio de Guadalupe, también en el hospital de la Santa Cruz de Toledo y Sevilla, en donde, al parecer, se familiarizó con las formas y la obra de Nicolás Monardes. En los apuntes de algunos de sus biógrafos se menciona su casamiento, en la ciudad hispalense, con Juana Díaz, con la que tuvo dos hijos: María de Sotomayor y Juan Hernández, su principal ayudante y mano derecha durante los fructíferos años de la expedición a Nueva España.

Favorecido por el monarca, el todopoderoso Felipe II, entró en la órbita del soberano como “Médico de Cámara de Su Majestad”. Y, le llegó pronto un altísimo



nombramiento real, fechado el 11 de enero de 1570: Protomédico General de todas las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano, para hacer la historia natural de las cosas de las Indias, a lo largo de cinco años y con un pago anual de dos mil ducados. Por mandato de las instrucciones reales:

“Hacer la historia de las cosas naturales. (...). Durante el tiempo de los cinco años que en ellos se va a ocupar, os habéis de informar dondequiera que llegádes de todos los médicos, cirujanos, herbolarios e indios y de otras personas curiosas en esta facultad y que os pareciere podrán entender y sabe algo y tomar relación generalmente de todas las yerbas, árboles y plantas medicinales que hubiere en la provincia donde os halláredes. (...). De todas las cosas susodichas que pudiéredes hacer experiencia y prueba la haréis, (...), las escribiréis de manera que sean bien conocidas por el uso, facultad y temperamento dellas”.

En el inicio del otoño (septiembre) partió del puerto de Sevilla rumbo a América, pasando por las islas Canarias, hasta desembarcar en Santo Domingo, en la que permaneció un breve tiempo, aprovechado para observar y estudiar los elementos naturales de la isla. En febrero de 1571 llegó a Nueva España (México), llevando en la alforja su nombramiento como Protomédico General de todas las Indias. Comienza un arduo y fructífero trabajo, dedicado al conocimiento fundamental de la materia médica americana, razón del genuino interés de la corona, es decir, el personal de Felipe II. Hecho que en este escrito debe ser destacado y considerado, por ser materia escasamente conocida y valorada, en el contexto general de la Historia de España. Sin embargo, Hernández ensancha su interés y en un escrito se pronuncia de la siguiente manera: “No es nuestro propósito dar cuenta sólo de los

medicamentos, sino de reunir la flora y componer la historia de las cosas naturales del Nuevo Mundo, poniendo ante los ojos de nuestros coterráneos, y principalmente de nuestro señor Felipe, todo lo que se produce en esta Nueva España”. Ciertamente, lindo pasaje del ambicioso Hernández en su misión científica.

De ahí lo ingente de su labor y la abrumadora cantidad de material enviado a Su Majestad desde Nueva España, que se muestra, entre otros, en el recuadro adjunto:



- \*3.000 especies botánicas, algunas llegadas a España por primera vez: cacao, tomate, tabaco, maíz, papaya, piña, etc.
- \*Descripción de unos 500 animales de la fauna mejicana.
- \*Descripción de 35 minerales de la misma procedencia.
- \*3.000 dibujos, realizados por los dibujantes de la expedición.
- \*Más de 20 abultados volúmenes escritos en latín.

Tamaña gesta, que se alargó durante cinco años, según la documentación manejada por los especialistas en la obra hernandina, se realizó mediante un recorrido expedicionario de amplio séquito, por los estados actuales de Michoacán, Capital Federal, Morelos, Puebla, Veracruz, Guerrero y Oaxaca. Y una curiosidad: el método de trabajo diseñado por Hernández se sustentó en un sistema de fichas muy personales, sobre las especies vegetales y animales, así como la descripción de los minerales, siempre con acompañamiento de los correspondientes dibujos, para una mejor comprensión del trabajo científico.

Sin embargo, su impresionante y singular obra escrita sufrió diversas vicisitudes complejas, no bien aclaradas y nuestro primer expedicionario científico no pudo ver su labor impresa en vida. El rey, Felipe II, encargó al médico de Cámara, de origen napolitano, Nardo Antonio Reccho (o Recchi), la revisión, clasificación y ordenación de los textos traídos de Nueva España por Hernández, con el fin de confeccionar una nueva redacción, mucho más reducida y lista para ser plasmada en libros (ejemplares de un par de ediciones en las imágenes). Al tener conocimiento de tal decisión real, el Protomédico se



lamentó amargamente en un escrito epistolar dirigido a un amigo:

“... , ni cómo podrá ser buen Juez y censor perito el que nada conoce de plantas ni vio nuestros libros, ni ha sabido de nuestros trabajos y fatigas duros”.

Parte (o gran parte) de la documentación (manuscritos) depositada en la biblioteca del monasterio de El Escorial se perdió en un lamentable incendio. Por tanto, lo que nos ha llegado de la ingente labor escrita de

Francisco Hernández es parcial y desgajada de su tiempo real de redacción.

Como curiosidad adicional, Francisco Hernández, de retorno a España desembarcó en Sevilla en donde, según la biografía que consta en la Real Academia de la Historia (página web): “Tras su llegada a Sevilla procedió a plantar en el Alcázar las plantas y semillas medicinales traídas de México, entre ellas el árbol del bálsamo, labor que concluyó el 16 de septiembre de 1577”.

Su ambiciosa obra científica, naturalista y de materia médica ha sido afortunadamente reencontrada, reconocida y apreciada por los estudiosos en las décadas más recientes y remito a los lectores interesados, a título de ejemplo, a *La influencia de Francisco Hernández (1515-1587) en la constitución de la botánica y materia médica modernas* (Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, Universidad de Valencia, 1996), de los autores J.M<sup>a</sup> López Piñero y J. Pardo Tomás.

Con todo, como apreciación personal final, quiero destacar, por su presencia internacional, la Orden

Francisco Hernández, fundada en Chile (Villa del Mar, 1962), por la Federación Panamericana de Asociaciones de Facultades y Escuelas de Medicina, que se otorga para reconocer el mérito de quienes hayan realizado contribuciones de gran significación a la educación médica en las Américas, en los campos de la docencia, investigación y la administración académica.

Agradecida proyección internacional de nuestro primer expedicionario científico de Occidente, gracias a la iniciativa del todopoderoso monarca Felipe II. ■